

ros no acaban de subir en el escalafón mientras otros torear corridas constantemente, y tampoco entiende la escasa exigencia que hay en las plazas en materias tan distintas como la concesión de orejas o el cambio de un toro inválido. Con parecido apasionamiento, los aficionados de todas las épocas han considerado la suya como la peor en toda la historia de la fiesta. Incluso al revisar las críticas de Gregorio Corrochano, descubrimos que afirma: «No hay toros», es decir, lo mismo que señalamos en la actualidad. Pero por desgracia, ahora sí me parece evidente esa decadencia en la bravura del toro, y quienes creemos en el continente estético de la fiesta sabemos perfectamente que sin toro no hay nada que hacer. Componer la figura es algo que nos puede gustar más o menos, pero si no hay una emoción añadida, lo cierto es que no existen diferencias entre torear un astado y torear un caballo de cartón. Por esta razón, la intransigencia es algo fundamental para el desarrollo del toreo. Es evidente que ha de haber una crítica intransigente y unos aficionados intransigentes, incluso tendenciosos en el mejor sentido de la palabra. Perder la memoria en este sentido es peligrosísimo.

No leo a todos los críticos taurinos, pero sí leo con muchísimo placer a Joaquín Vidal, quien me parece un escritor muy castizo, en el cual se dan determinadas invariantes que han seguido funcionando a lo largo de lo que sería el costumbrismo español y su apreciación de la vida cotidiana. Sabe combinar bien el juicio con el modo de exponerlo y el resultado es una pieza periodístico-literaria bastante bien acabada en términos generales. Pero hay lectores que prefieren una crítica menos amarga que la suya. Por cierto, ese mismo estilo lo tenía, en otro registro expresivo, Díaz-Cañabate, magnífico escritor que en muchas ocasiones no hablaba de lo que había pasado en la plaza, sino de lo que comentaba su vecino de localidad. El de la crítica taurina es un terreno complicado, porque a lo mejor resulta que sus problemas son los mismos que padece la crítica en general en España. No destaca la vida intelectual española porque haya una gran cantidad de críticos de altura. Por lo demás, he creído siempre que la crítica de espectáculos más difícil de hacer es la taurina, dado que, por mucho que digamos que los toros se caen o tienen manipulados los pitones, lo relevante es que el torero pone en juego su vida.

Recuerdo un artículo magistral de Rafael Sánchez Ferlosio, dedicado a Rafael Ortega. Lo titulaba «El as de espadas», porque este diestro mataba muy bien, y comentaba en él que sí algo no se le puede exigir a un torero es honradez. En la profesión del toreo es muy matizable ese concepto de la honradez, sobre todo cuando hablamos de personas que arriesgan su existencia. Juzgar la actuación de un torero supone entrar en terreno resbaladi-

zo, pues existe el peligro de apretar los tornillos más de la cuenta a quien está ya de por sí en el límite.

Ahora bien, al constatar circunstancias como ésta, debemos considerar que estamos hablando de estética y estamos hablando de una realización efímera, maravillosamente acabada, llevada a cabo por gente que, en muchas ocasiones y sobre todo en el pasado, no sabía ni leer ni escribir. Esa es otra de las cosas atractivas del toreo, esa especie de extraño carácter sacramental que imprime a quien lo ejerce.

El decaimiento que advertimos en el toreo los aficionados tiene diversas facetas. Hay al respecto una frase genial de Vicent, quien se preguntaba qué se puede esperar de una fiesta que empieza en la isla de Creta y termina en la calle de la Victoria. Desde luego, no deja de ser un poco tremendo que una de las cosas más hermosas que yo haya visto en los últimos diez años sea la imagen de Rafael de Paula, con el capote echado a la espalda, sentado en el estribo, esperando a que los areneros concluyan su labor. Parece difícil que el espíritu de un aficionado serio se conmueva en una corrida con Jesulín de Ubrique, Enrique Ponce y Vicente Barrera. A mí desde luego me conmueve mucho más una corrida con toreros serios, rigurosos, de los situados en la parte media-baja del escalafón. En este punto es donde amenaza otra combinación peligrosa para la fiesta: aquella que une al empresario que va directamente a hacer negocio con el público que consiente que le den gato por liebre. Y en eso ha influido determinada crítica que jalea aquello que triunfa, siguiendo el axioma de que si a la gente le gusta, será por algo.

Todo esto, en suma, explica por qué determinados seguidores de la fiesta estamos desencantados con el presente de la lidia. Sin ir más lejos, recuerdo el día en que se retiró Curro Vázquez. Pensaba escribir al día siguiente un artículo explicando que ese día también me cortaba la coleta: se iba Curro Vázquez y también me iba yo, como espectador. Pues bien, mis sentimientos no han variado. En este momento, como entonces, no tengo ningún estímulo para ir a los toros.



José Caballero: Ilustración del poema lorquiano *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* (1935)